



Los vagos merecemos becas

Daladier Ernesto Patiño Cuastumal¹

DOI: <https://doi.org/10.31948/BIUMAR2-1-art5>

¹ Docente medio Tiempo Bienestar Universitario. Director Artístico Artes Visuales. San Juan de Pasto, Nariño, Colombia. Correo electrónico: dpatino@umariana.edu.co

Ayer fuimos los peores estudiantes del salón de clases, ocupamos los últimos puestos, las calificaciones en rojo eran el periódico sufrimiento y los castigos no se hacían esperar, fuimos el dolor de cabeza de muchos maestros, incesantes visitas a la coordinación académica y disciplinaria, llamados de atención y padres de familia convocados por ser estudiantes problema, no figurábamos en nada, siempre fuimos señalados como el mal ejemplo, la prueba viviente del fracaso de la vida, hombres sin futuro, seres sin planes, sin porvenir, desgaste de profesores intentando que aprendiéramos el movimiento armónico simple, el trinomio cuadrado perfecto o la ubicación del retículo endoplasmático, sentados siempre en los lugares de adelante, no por el deseo incesante de aprender, por el contrario, ese lugar se ocupaba por la algarabía sin control propia de los últimos lugares; jamás nos pudimos adaptar a la clase magistral del maestro, nunca le dimos importancia a los problemas de Baldor y tampoco fuimos felices con el solucionario, en ningún momento nos reunimos para resolver talleres de cálculo, nos aburría, cuando el profesor preguntaba nos hacíamos los interesantes agachando la cabeza o simulando que tomábamos apuntes; el tablero y salir al frente era nuestro peor enemigo, el cuaderno de borrador siempre fue el depósito de hojas y rayones favoritos, nos parecía tonto entregar cuaderno para que nos revisaran cuánto habíamos copiado de cada clase, - al profesor le importaba más el orden del cuaderno que lo aprendido y comprendido en nuestra cabeza-

Cuando nos entusiasmamos por la física, producto de intentar comprender porque sonaba la guitarra eléctrica, el profesor desecho esa curiosidad porque el rock no era su música predilecta y le parecía música de vagos, fuimos acusados de tener pandillas, cuando solo saltábamos la barda para recolectar moras de un huerto abandonado que crecía salvajemente, sin químicos ni elementos artificiales, los exámenes no nos interesaban, porque así no se sabe quién aprendió más o menos, o quién copia mejor o peor; educación física era nuestra materia favorita, porque salíamos a percibir la libertad de utilizar con provecho nuestro tiempo en retos de “al gol sale”, compitiendo con honestidad y trabajo

en equipo, el recreo era un pequeño respiro a las torturas de un enseñar sin comprender que el alumno no tiene los mismos conocimientos del profesor y que no todos aprendemos igual, que el cerebro es una nave que explora el universo y que jamás sigue el mismo camino, no izamos bandera y tampoco ganamos matrícula de honor, al final del año escolar la única nostalgia y tristeza que nos invadía era el tiempo tan largo que tenía que transcurrir para poder encontrarnos nuevamente con todo el grupo de amigos, volver a caminar las calles, los senderos, explorar y divertirnos, y con algunos de ellos compartir el tesoro que años atrás habíamos encontrado en la sala de lectura del Banco de la República, porque a la Casa de la Cultura - la cultura- en el nombre le sobra. Fuimos los últimos, fuimos señalados como vagos, como los graduados por ventanilla, como los fracasados.

Y hoy después de varios años algunos de nosotros -los vagos- después de nuestro paso por la universidad nos hemos convertido en maestros o docentes como lo llaman en la actualidad, y les aseguro que ninguno de nosotros hemos fracasado en esa labor, se preguntaran ¿por qué? y la respuesta es muy simple, porque enseñar a los juiciosos, a los aplicados, es un trabajo en el que existe una predisposición del estudiante, pero enseñar a los rebeldes, los desadaptados, los vagos como nosotros es otro cuento, es un reto exquisito, porque nosotros también lo fuimos, porque vivimos en carne propia un sistema educativo que se limitaba a la única forma de enseñar, aquel sistema que jamás comprendió que cada ser es diferente, que todos aprendemos de maneras distintas y, sobre todo, que cada ser humano tiene un talento por allá escondido que es aquel que finalmente le resolverá la vida, el mío siempre fue dibujar y contar historias exageradas (por qué esperar a terminar el once para preguntarse: ¿qué quiero ser? Cuando la vida ya te lo brindo desde el nacimiento). El gobierno quiere becar a los nerds para que sean los maestros de nuestros hijos, muy bien, pero debería pensar también en los rebeldes y vagos, porque al menos a mí, me hubiese gustado tener un maestro que me escuchara.

